

Nadie me llamaba por mi nombre

“Cuando miras largo tiempo a un abismo,
el abismo mira dentro de ti.”

FRIEDRICH NIETZSCHE

La pandemia y todos estos meses de encierro me han hecho reflexionar sobre mi pasado, sobre el valor de la vida, sobre las cosas que hice. Pero desde que esa periodista llegó a mi puerta a revolver las memorias, no hay noche en la que antes de acostarme no me pregunte si dios algún día podrá perdonarme.

Con el pasar de las semanas, creo que en la segunda o tercer entrevista, en este momento no lo recuerdo bien, comencé a soltarme un poco más. Recuerdo que una tarde salimos al patio y le confesé que hacía maso menos tres meses que sufría de la misma pesadilla. Sus ojos verdes se abrieron, se cruzó de piernas y frunció el ceño. Como si yo le estuviera tomando el pelo con mi comentario. Lo juro. Hace tres meses que todas las noches tengo que la misma pesadilla, volví a repetirle mientras me acomoda en la reposera. Me pidió por favor que me explayara un poco más. En aquel entonces yo era parte de un grupo de tareas que se movía por distintas facultades en la provincia de Buenos Aires. Éramos cinco hombres. Dos ellos eran de la policía federal. Me decían topo, o topito, otros tucu, o tucumano. Nadie me llamaba por mi nombre. Disculpeme, eso que me está diciendo es parte de la pesadilla que lo asecha, me preguntó. No, señorita. Pero tiene que ver con eso, respondí. Cuénteme de la pesadilla en sí, dijo. Entonces le comenté que todo transcurre en una vieja casa de José C. Paz, a pocas cuadras de la estación. Lo olores, el ripio en la calle, los autos estacionados, la gente que viene y que va, las cosas dentro de la casa, la habitación, todo es muy real. Estoy sentado en una silla de madera, atado de pies y manos. Frente a mi hay una mesa de chapa con patas de hierro. Del techo cuelga una lámpara que emite una luz pálida de un color anaranjado. Estoy de espaldas a la puerta, escucho que se abre. Al cabo de

unos segundos dos tipos uniformado se presentan, conversan entre ellos. Los observo, sus bocas se mueven pero no dicen nada. Nunca se dan vuelta a mirarme. Al rato entra un tercer hombre, también uniformado, sujetando del brazo a una mujer. Con la ayuda de los otros dos la recuestan sobre la mesa. Tiene los ojos vendados con un trapo, está semi desnuda, su cuerpo tiene cortes y moretones. Algunos parecen recientes, y sangran. Sujetan sus pies y sus manos con sogas. La mujer se mueve para todos lados. Soy espectador en primera fila de un film de terror mudo, y a color. Uno de los hombres la golpea en la boca del estómago. Otro, el más alto, enciende un cigarrillo, da algunas pitadas y luego lo apaga sobre la rodilla de la chica. Intento moverme pero mis esfuerzos son inútiles. Quiero cerrar los ojos pero tampoco lo consigo. La puerta se vuelve a abrir, un hombre de camisa y jean claros se hace presente. Está de espaldas a mí. Abre la boca, parece reírse a carcajadas. Luego se da la vuelta, me mira a los ojos. Al verlo me doy cuenta que soy yo, pero mucho más joven. Se lleva la mano a la cintura, saca su arma, camina hacia la chica y aprieta el gatillo varias veces. Después se me acerca, apoya el fierro en mi frente y aprieta el gatillo una vez más. El estruendo me despierta. A la noche siguiente todo se vuelve a repetir. Qué piensa usted de todo esto, me pregunta con un hilo de voz. Una vez en un café de retiro, dos semanas después que Alfonsín fuera elegido como presidente, un compañero me dijo que si somos afortunados llegaremos a viejos pero seremos hombres que no poseen recuerdos, solo pesadillas. Últimamente esas palabras vuelven a mí con frecuencia. A veces tengo la sensación de escucharlas en el aire. O incluso me parece verlo escrito, como una frase, en los azulejos del baño. Fui parte del gobierno creador del cementerio más grande que puede haber sobre el Rio de la Plata. Y todo aquello convivirá conmigo hasta el último día que respire. Si en este momento tuviera la oportunidad de elegir un recuerdo, o un instante de mi vida, para que me acompañe en la otra vida, o en el infierno, creo que la lista sería escueta, por no decir nula, dije. En ese instante me clavó la mirada, como queriendo encontrar algo en estos ojos pálidos, viejos y cansados. Al mismo tiempo me pregunté qué sentirá cuando me ve. Bajó la cabeza, buscó en su bolso, sacó una carpeta de color y me la ofreció. Al abrirla me encontré con folios llenos de fotografías en blanco y negro. Las observé con atención, pero ninguna de aquellas personas me pareció familiar. Y aunque los reconociera, pensé, aquellos rostros hace años los enterré en un baldío de sombras. Intenté

decírselo, y segundos después mi pecho se cerró. Mi pulso comenzó a acelerarse y no pude emitir palabra. Se siente bien, me preguntó. No es nada, no se preocupe. Estoy un poco cansado, respondí. Le devolví la carpeta. Me quedé callado y esperé la próxima pregunta. Pero en el fondo lo único que quería era que mi corazón se detuviera de una buena vez.

Sergio Maciel

Estudiante de Lic. en Letras

Sede Andina UNRN

Octubre 2020